

Norman Manea

Exilio y apocalipsis

Angelina Muñiz-Huberman

Conocido primordialmente por su faceta como novelista, el escritor rumano Norman Manea también ha incursionado en el ensayo y la poesía. Con motivo de la recepción del máximo galardón que entrega la Feria del Libro de Guadalajara, el autor de raíces judías tuvo una conversación pública con la escritora mexicana Angelina Muñiz-Huberman, la autora de Dulcinea encantada.

Norman Manea, escritor judío nacido en Bucovina en 1936, ganador del Premio de Literatura en Lenguas Romanicas de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2016, posee una extensa obra que le ha valido importantes premios literarios. De niño, en 1941, fue internado en un campo de concentración en Ucrania. Cuando regresó con la parte de su familia que había sobrevivido, otro infierno le esperaba: la soviétización de Rumania. Finalmente, en 1986, sale de su país y se establece en Nueva York. En *El regreso del húligan* desarrolla el recuento de su vida.

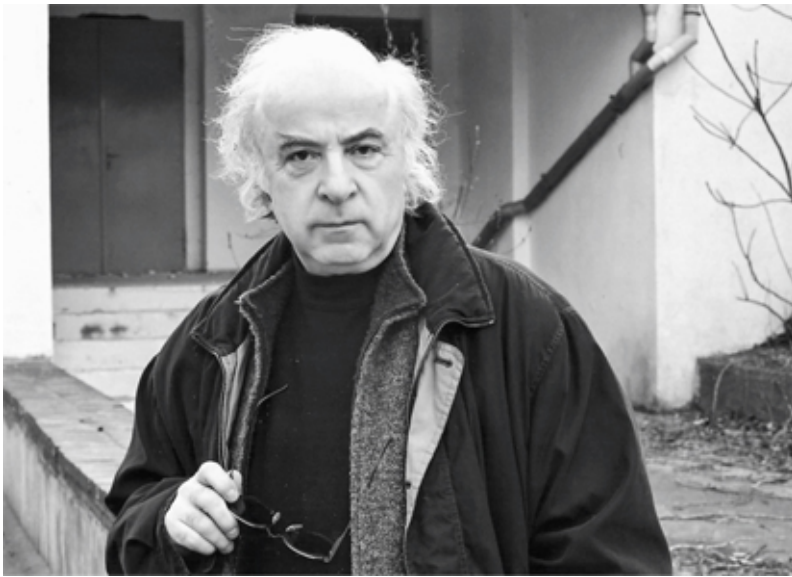
La literatura de Norman Manea reúne en sí los pasos de un caminante, de un exiliado, de quien regresa de la muerte, de quien no es esperado. Críptico, sin concesiones. No entrega, no regala, tampoco pide. Expone, arrolla, inunda.

Narrativa, ensayo y un poema largo dan muestra de su obra. *Vorbind pietrei, Hablándole a la piedra*,¹ es el poema publicado en una bella edición rumana multilingüe (inglés, hebreo, alemán, español, checo, húngaro,

polaco, sueco, francés, italiano) y con ilustraciones de Tudor Jebeleanu.

El poema empieza con la paráfrasis de Primo Levi sobre la diferencia entre el hombre sosegado y el hombre condenado a vivir entre el fango y la incertidumbre: “Si esto es un hombre”. A continuación el poeta se instala en el momento actual y enlaza la Babilonia del Nuevo Mundo —Nueva York— con la ciudad sagrada de Jerusalén en un viaje que dará lugar al poema. Un viaje que combina extremos, haber sido invitado a la Feria del Libro de Jerusalén y llegar “a la tumba de un hombre que ya / no es hombre”. Mas no es el viaje de un peregrino aunque reciba el sol del desierto, lo rodeen las colinas y las piedras blancas. Y, sin embargo, ir al cementerio de Givat Shaul es el ritual de la piedra a la que hablará. Así, pareciera que el viaje enlaza lo terrenal con lo espiritual. La palabra cruel y la palabra del espíritu. La palabra culpable y la que redime. La imagen del padre en “las paredes de acuario del hospital” amnésico “convirtiéndose de pronto en piedra”. El hombre de piedra es dos veces piedra. Piedra ante la cual el poeta derrama sus palabras. Luego, con un corte brusco como si el dolor no debiera manifestarse, la realidad asoma

¹ Norman Manea, *Vorbind pietrei*, ilustraciones de Tudor Jebeleanu, Polirom, Bucarest, 2008.



Norman Manea

con su peso crítico-humorístico y, ante la sacralidad de la dorada piedra de Jerusalén y la del cementerio, la observación bruscamente se refiere a los escasos visitantes de los Lugares Santos a pesar de que los viajes se han abaratado. Otra acotación paradójica es que en la ciudad del Libro pocos lectores acuden a la Feria.

El paso a la siguiente estrofa enlaza la eternidad con la muerte por terrorismo de un modo comprimido y aséptico. Para regresar al espacio del cementerio y las impecables-implacables piedras blancas. De nuevo, aparece Primo Levi con una oración ante la tumba del padre. Un Primo Levi ya muerto, pero presente por sus libros en la Feria.

Norman Manea siente la presencia de Primo Levi pronunciando palabras ante la lápida de Givat Shaul. Entonces surge la otra palabra: la palabra “catástrofe”, *shoá*, de ayer y de hoy. La explosión de un suicida terrorista evoca a Primo Levi indagando de nuevo. Preguntando en voz del poeta “si hombre es aquel que se vuelve / metralla” y mata a diestra y siniestra.

De ahí que la palabra “incertidumbre” se repita insistente a lo largo del poema. Palabra clave siempre presente en su obra y que describe el momento actual. La incertidumbre ante la vida y la muerte. El mendrugo de pan que se convierte en el mendrugo de paz. La paz que se ansiaría alcanzar en la ciudad “bajo la hipnosis bélica del asalto”. La profusión de imágenes ante los cuerpos destrozados y la frase que se repite una y otra vez: “Si esto es un hombre”. En cambio, la naturaleza impenetrable, los objetos neutrales:

El cielo despejado como el sinfín
azul
y mudo como la sima salada
del Mar Muerto.
Pensad en lo que acaece
en las calles, las casas, las camas

de lo efímero,
en los jardines fértiles de risas de
amantes,
en la vigilia nocturna cuando,
xilófono ebúrneo, susurra el
desierto.
Acordaos de embudos telefónicos
ebrios
del código de las ilusiones

y escuchad el odio silbando
metralla
desde cualquier instante, hora y día
de los siglos convertidos en piedra.

El cementerio de Givat Shaul donde yace el padre abarca en sí metáforas más allá de la eternidad que unen el silencio con la piedra y la armonía, la paz con el ocaso. Un poema que, en el juego de certidumbre e incertidumbre, en concisas palabras y sensaciones dolorosas entreteje el laberinto de lo terrenal con lo espiritual. El destino corre a su fin como forma del azar y de la necesidad.

Norman Manea enfrenta vida y muerte con nuevas imágenes y metáforas que proceden de dos mundos: el exilio y el apocalipsis. El exilio por la división entre vida y muerte. El más allá que se ha exiliado del más acá. Mientras que el apocalipsis o revelación se deriva de la experiencia de quien ha conocido el fin de todas las cosas y la destrucción total. Exilio y apocalipsis simbolizados por la piedra, máxima potencia de lo que ha sobrevivido.

En *Génesis 28: 22* se dice: “Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios”. La piedra de la cantera hierosolimitana. La piedra símbolo de unidad y fortaleza. Para los alquimistas la piedra filosofal es la conjunción de opuestos por medio de la purificación y la transmutación. A lo que aspira el poeta.

Hablarle a la piedra es un mandato. La piedra adquiere la sacralidad y encierra en su núcleo las capas de la historia. Ante ella han desfilado los hombres y se han inclinado. Es el cimiento de las casas y cuando el hombre la destruye comete una violencia imperdonable. Es también la condena del presidiario y es el mito de Sísifo cuesta arriba y cuesta abajo sin nunca terminar de colocarla en la montaña.

Norman Manea hablándole a la piedra le pide una respuesta que sólo por él será adivinada ante su imperturbable silencio. La piedra es el misterio de la poesía, es el exilio como potencia creadora y el apocalipsis como fin y principio de los tiempos. **u**

El siguiente texto fue escrito para la conversación pública que mantuve con Norman Manea sobre su poesía en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.